

JAVIER CORTES ÁLVAREZ DE MIRANDA

In memoriam.

El tres de marzo de 2009 fallecía en Palencia Don Javier Cortes Álvarez de Miranda, una excelente persona, querido amigo y admirado ciudadano. Un "Arqueólogo Emprendedor" con mayúsculas que nos deja a los españoles como consecuencia de su trabajo, sacrificio, empeño, dedicación y constancia, un patrimonio arqueológico declarado Bien de Interés Cultural el mes de abril de 1996; "la Villa romana de la Olmeda" y su Museo Monográfico, difícil de cuantificar.

Escribo estas líneas cuando la Revista *Oppidum. Cuadernos de investigación* de IE Universidad se está maquetando, y el breve texto se puede incluir como homenaje y recuerdo que Don Javier Cortes merece por parte de la Unidad de Arqueología de nuestra Universidad, a la que tanto aprecio tenía y ayudó generosamente a lo largo de los años.

Esta circunstancia explica que no se haga el estudio y semblanza más amplia que sin duda se merece y que recibirá en otro lugar.

Javier Cortes Álvarez de Miranda había nacido en Santander ("por accidente", como le gustaba decir) el seis de diciembre del año 1929. Hijo menor de los cuatro hijos del diputado conservador español Ricardo Cortes Villasana e Irene Álvarez de Miranda. Estudió Bachillerato con los jesuitas en el colegio de la calle Areneros de Madrid, donde tenía como compañeros, entre otros, a Íñigo Cavero o Mariano García Benito. En el año 1957 termina la carrera de Ingeniero agrónomo en la Universidad Central de Madrid, coincidiendo en sus aulas con Miguel de la Quadra-Salcedo. Terminados sus estudios superiores, y tras un breve paso por el Ministerio de Agricultura, regresa a Saldaña (Palencia), donde se dedica a la agricultura; innovando, dirigiendo y rentabilizando el amplio patrimonio familiar.

Javier Cortes fue, entre otras cosas, alcalde del Ayuntamiento de Saldaña (1968-1970), su pueblo querido y beneficiado por su inmensa generosidad; el 28 de julio de 1980 se le concedió la medalla de oro de la Provincia de Palencia, máxima distinción institucional. Desde el 26 de abril de 1926 era académico numerario de la Institución Tello Téllez de Meneses.

Su gran aportación a la Arqueología española ha sido legarnos la Villa Romana de la Olmeda, que él descubrió el 5 de julio de 1968, de la que ha sido además de descubridor, mecenas, "guardián", guía y protector, y que hoy pasa por ser uno de los mejores y



Figura 1. D. Javier Cortes en IE Universidad. Segovia.

más singulares yacimientos arqueológicos de todo el mundo romano.

Pero también, Javier Cortes, con su curiosidad y autodidactismo arqueológico ha sido maestro de arqueólogos. En su biblioteca particular hemos aprendido muchos, muchas cosas. Conocía como nadie la Terra Sigillata, y mejor que nadie la TSH Tardía; en su modestia, conocía igual o mejor que cualquier experto los mosaicos que dibujaba primorosamente. Nos animaba y ayudaba en lo posible en todas aquellas manifestaciones culturales y excavaciones arqueológicas emprendidas.

Javier Cortes siempre nos sorprendía a pesar de su discreción, ya sea hablando de tilos, mitología o de artes decorativas que tanto le gustaban. Por ello, viajar con él a visitar una iglesia románica, a Portugal a un Congreso de Arqueología Peninsular, o a Chile, era una clase teórico- práctica siempre agradable.

Sin duda hacemos nuestras las palabras de don Fernando Álvarez de Miranda (Presidente del Congreso, 1977-1979 y Defensor del Pueblo Español, 1994-1999), su primo: *“pierdo un queridísimo familiar, pero España pierde un gran hombre”*. O las palabras del aguilarense Rafael Paradelo: *“Noticias como la muerte de un hombre bueno, de un hombre sabio, de un hombre sencillo, de un buen amigo, te dejan huérfano de referencias”*. En poco tiempo Palencia ha perdido al escultor Ursicino Martínez y a Javier Cortes, dos personas singulares cada uno en su espacio y faceta que a muchos nos cuesta creer que han realizado un viaje sin retorno porque ambos eran referencia obligada.

La noticia de que el volcán Chaitén, situado a 1.200 km hacia el sur de Santiago de Chile, ha vuelto a rugir y que el material volcánico ha afectado a la población de la zona, me trae una vivencia de Javier y quiero recordarla al reproducir un breve texto que elaboramos ambos el año 1989 cuando visitamos el volcán Lonquimay y que significó una

experiencia única que a ambos nos impactó y que, como él decía: “esto lo recordaremos siempre como una de las mejores experiencias de nuestra vida”.¹

“Chile. A pocos metros del volcán Lonquimay en los Andes”

“El día de Navidad de 1988 entró en erupción el volcán Lonquimay, en la cordillera de los Andes, 700 km al Sur de Santiago de Chile.

Después de unos días de gran actividad, el volcán entra en una fase más estable, que aprovechamos para visitarlo.

Partimos desde Santiago el día 9 de febrero del año 1989 por la carretera panamericana, haciendo noche en Chillán, a 400 km de la capital.

Seguimos viaje en la mañana del día diez, con un tiempo espléndido y soleado, dejando la panamericana en la ciudad de Victoria y cogiendo aquí una nueva carretera que nos lleva hasta Curacautín, pequeño poblado de aspecto cuidado y agradable, a 56 km de Victoria.

Desde esta carretera, asfaltada y en bastante buen estado, se divisan ya en la lejanía dos antiguos cráteres del Lonquimay y, entre los dos, una gran columna de humo procedente del nuevo cráter. Hacia el Sur, el enorme cono del volcán Llaima coronado de nieves perpetuas.

La carretera que lleva a Curacautín está en reparación, suponemos que debido precisamente al turismo que se dirige al volcán.

Antes de comer en Curacautín preguntamos a los encargados de la gasolinera la ruta a seguir. Nos dan la información y nos dicen también, respondiendo a nuestras preguntas, que no se han sentido terremotos intensos en el pueblo, pero sí bastantes temblores de tierra.

Al acercarnos al volcán, hemos ido perdiendo la visión panorámica que teníamos de él, máxime al entrar en una zona montañosa, que limita la visibilidad.

Después de comer, seguimos ruta hacia el Lonquimay. Todavía quedan unos kilómetros de carretera asfaltada, pero pronto entramos en un verdadero camino carretero, en pésimo estado, aunque una máquina niveladora se esfuerza inútilmente en hacerlo más practicable.

Espesos bosques se extienden a derecha e izquierda, en laderas escarpadas y entre ríos de aguas limpias y caudalosas.

Empezamos a ver, entre la vegetación, las primeras araucarias, todavía escasas, con su aspecto fascinante de prehistóricos insectos vegetales.

Hay que dejar la carretera y desviarse hacia la izquierda por un camino de tierra que asciende lentamente.

De repente, una barrera en el camino nos impide el paso; tres muchachas se acercan al coche y amablemente nos entregan unos impresos que debemos llenar. En ellos nos responsabilizamos de cualquier

¹ En Chile, existen unos dos mil volcanes de los que unos 130 se consideran geológicamente activos y setenta de ellos han tenido algún tipo de erupción en los últimos 460 años, entre ellos el Chaitén y el Lonquimay.



Figura 1. D. Javier Cortes en la ciudad romana de Volubilis.

accidente que pudiera suceder en nuestra visita al volcán. Pagamos también un módico peaje y, a cambio, nos entregan información turística de la zona, hecha con anterioridad a la erupción y calcomanías del volcán.

Nos dicen que el mayor espectáculo se produce durante la noche, y que es entonces cuando la afluencia turística es mayor; pero nuestro tiempo es limitado y habremos de conformarnos con verlo a la luz del día. De todas formas, y a pesar de las informaciones, no vemos mucha actividad turística en torno al volcán.

Continuamos subiendo por el sendero, El bosque de araucarias se va espesando, cuando hemos de hacer alto ante una nueva barrera. El encargado de ella revisa nuestros documentos y nos advierte que no estemos junto al volcán más de un cuarto de hora. Mientras hablamos con él, nos sorprende una serie de explosiones, como truenos de una lejana tormenta. El guarda dice que durante toda la mañana se ha oído el fragor del volcán y, ciertamente, es un sonido estremecedor.

El camino sigue subiendo y, repentinamente, desaparece todo rastro de vegetación y de vida. Estamos en un desierto de arena negra con un gran cráter volcánico a nuestra izquierda, que asciende hasta casi los 3.000 m de altura y otro, algo más bajo, a nuestra derecha, por cuya ladera culebrea el camino que sube hasta el volcán. Es un desierto agresivo, muy lejos de los desiertos tropicales; el calor es intenso, pues estamos a más de 2.000 m de altura, en un mundo negro y con un sol deslumbrante sobre nosotros.

Entre estos dos cráteres, un valle de arena negra, erosionada por antiguas corrientes de agua que bajaban desde las nieves del volcán y, sorprendentemente, un remonte, para el deporte invernal que conduce, desde el valle, hasta una primera elevación del viejo cráter del Lonquimay que tenemos a nuestra izquierda.

Entre el ruido de las explosiones, el intenso calor y el aspecto de antesala infernal en que nos encontramos, el complejo deportivo resulta una extraña incongruencia.

Corrientes de aire tórrido, recalentado, levantan remolinos de polvo que llegan a semejar inquietantes conatos de nuevas erupciones; pronto vemos que nuestros temores son infundados y seguimos subiendo, mientras las ruedas del coche se hunden ligeramente en las negras arenas volcánicas.

Llegamos por fin al límite de nuestro viaje: delante de nosotros se abre el nuevo cráter del Lonquimay. Grandes columnas de humo negro, que se aclara a medida que van tomando altura, surgen del cráter y las explosiones, como tremendas descargas de artillería, se suceden en cadena.

De vez en cuando la actividad del volcán parece tomarse un ligero respiro para, repentinamente, volver a reactivarse con nuevos bríos. Durante este corto intervalo, en el que el humo se aclara y la visibilidad del cráter es mayor, vemos los famosos “lapilli”, enjambres de piedras, algunas de ellas de enorme tamaño, que el Lonquimay proyecta hacia el cielo a gran altura y que caen nuevamente dentro del cráter del volcán.

Los ríos de lava se distinguen confusamente en torno al cráter y únicamente cuando alguna piedra proyectada del cráter cae sobre ellos, permite ver la masa incandescente, cuyo movimiento no se advierte desde el punto en que nos encontramos.

El espectáculo es fascinante: junto a nosotros se encuentran los ocupantes de otros tres coches, dos argentinos y uno chileno; y todos contemplamos extasiados la erupción.

Fotografías, comentarios, una ligera sensación de inseguridad cuando el aire cambia de dirección y los gigantescos chorros de humo del volcán se nos acercan; y la triste comprobación: ha pasado largamente el cuarto de hora permitido para la contemplación del Lonquimay.

Y ya, la vuelta al mundo civilizado, a lo normal, pero con la sensación gloriosa de haber visto un espectáculo único, inolvidable, que seguramente jamás volveremos a contemplar.”

**Javier Cortes Álvarez de Miranda
Cesáreo Pérez González**